

SI SE LOS LLEGA A TROPEZAR DON QUIJOTE...

Molinos de viento en tierras de Murcia

Más de cien señala la estadística

POCA suerte la de estos molinos murcianos, molinos de viento que abren la corona de sus velas con signo marinero y guardan el ademán del barco varado la emoción de muchos días de sueños y aventuras con un frastuendo de faros, puertos, caracolas... Como que su cordelería recuerda cabalmente las jarcias del navío, rosa de los vientos las entenas, lonas de románticas fragatas sus ocho velas donde cruzan jaloques y lebeches que las mojan de yodo.

Vientos auténticos de marinería, crecidos del mar Menor, tan próximo, del Mediterráneo de rabiosos azules, llegan precipitadamente hasta los lienzos del velamen y los hinchán, los abomban como nevadas cúpulas, más bien como buches de paloma. De veras es gozoso contemplar su giro loco, estampado contra el inmenso cielo fresco de los campos.

Poca suerte, sí, la de estos molinos sin Hidalgo, sin prestigio literario, ya muchos hasta sin el gesto industrial que los redima de sus desvalimientos y abandonos. Se deshacen lentamente, se desmoronan, desmochados, listados de años y descuidos.

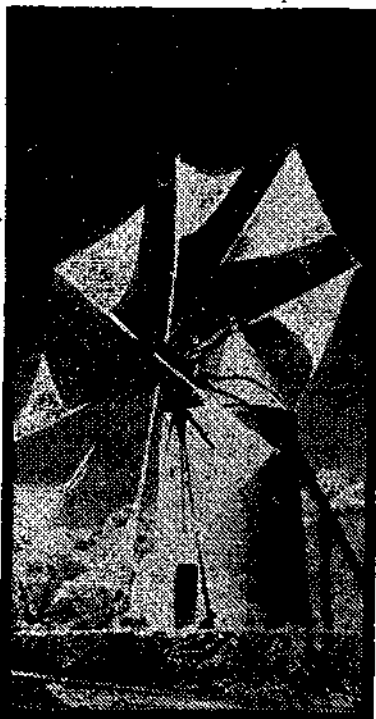
LA MANCHA Y MURCIA

Un día llega hasta aquí el viajero con su bagaje de literatura molinera. Este viajero se ha detenido en la Mancha y ha contemplado sus molinos archifamosos con la cruz de las cuatro aspas que anazarena el paisaje, y ha



CORAZONES DE RECAMBIO

SEGUN una noticia que puede leerse en la Prensa, pronto será tan fácil hacerse sustituir el corazón como un diente. Así, al menos, lo asegura mister Salisbury, especialista norteamericano



Algo más que harina muelen los molinos de Murcia; algo más que agua para riego levanta el rodar de su velería...

oído hablar colmadamente de los amigos de los molinos de la Mancha, de sus decretos de protección, de los «molinos de plata» de sus exposiciones de pintura, de tantas cosas más de los molinos de la Mancha.

Comentándolo todo ha entrado el buen viajero en tierras de Murcia. Campo moreno de Cartagena, con palmeras, norias, piteras, chumbos. Cardos de flor morada, de túnica de nazareno rural. Parras de uva dorada y azul «uva de gallo». Almendros que en enero ofrecen la tarjeta postal de su ramaje encendido de corolas. Contra el horizonte alguien ha trazado con lápiz azul una enérgica raya: el mar.

—Molinos, molinos los de la Mancha.

—Pues ya ve usted: que si Cervantes, que si don Quijote y don Gregorio Prieto...

De pronto el paisaje vuelca sobre el viajero la estampa sorprendente, inédita, de su primer molino murciano, acuchillado de aspás, flameante de lienzos, ensombreado finamente por cucurucho que no llegando a capuchón procesional pasa en mucho al gorro circense de «clown». ¡Faltaría más!

Molino murciano. Como torre endomingada. Como faro de tierra adentro delator, no de la roca siniestra que raja, en una llaga verde, la quilla de los barcos, sino de la alegre belleza de los campos, de la blancura de las salinas, de la fragancia de los huertos de naranjas y timones. Banderolas de festejo, pañuelos de bienvenida las lonas de sus velas.

*Por el decir de la gente
le pusieron su velaje,
su alivio y su cordelaje...*

Lo dicen los troveros de Cartagena y La Unión,

Y el viajero que sólo conoció piro y alabanza exaltadores de los manchegos, ha de dolerse y hasta casi disculparse ya en el trance del sí yo hubiera sabido y el quién lo iba a decir.

—Molinos, molinos murcianos...

Qué admirable espectáculo el suyo cuando las tierras, ya desaparecido el ímpetu que las abulta en volúmenes de cerros y colinas, de «terreras» y escoriales pertenecientes a la minería, se allanan y alisan en bancales, huertos, balsas salineras, hasta llegar a la mansedumbre azul salpicada de islas menudas, infantiles, del mar Menor. Porque entonces, perdido todo obstáculo que merme la perspectiva, la visión ofrecida se hace fiesta para los ojos, inolvidable óptica en la que los centenares de velas blancas componen el gran retablo molinero, el cuadro prodigioso cuya imposible medalla de oro sería el sol redondo y viejo, centelleante, del Sureste murciano.

AUN SIRVEN

Atada ya para siempre la memoria a esta belleza, llega el viajero hasta el propio molinero e inquiere la razón que desampara a sus molinos.

(Continúa en octava pág.)

MOLINOS DE VIENTO

(Viene de la página doce.)

—¡Para lo que sirven!

Verdad es que ante los nuevos procedimientos técnicos son ya muy pocos los molinos utilizados en fines útiles y lucrativos, pero habría que gritarle al molinero que sí, que aún sirven, que algo más que harina muelen los molinos de Murcia; que algo más que agua para riego levanta el rodar de su velería.

Porque estos molinos —¡más de cien señalan las estadísticas en Murcia!— son ya algo más que meros instrumentos industriales en el paisaje, importa levantar el pregón que proclame su conservación y restauración. Sería consolador imaginar que, efectivamente, la futura ruta turística que llevará a ese viajero hasta el mar Menor —¿nos decidiremos de veras algún día a descubrir nuestro mar Menor?—, hasta las playas de Cabo de Palos, hasta tanta belleza

escondida como guarda esta esquina del Sureste ibérico, apareciera un día salpicada de molinos de viento: recompuestos y acicalados, unos; de nueva planta —¿por qué no?— otros. Molinos que, verdad es, habrían perdido total y definitivamente su significación industrial, pero que habrían recobrado a cambio su destino de criaturas de belleza que aseguran la distinción de un paisaje, la emoción estética de una zona española en la que ningún trote de Rocinante desmedrado sostuvo grandezas y desmayos de Hidalgo alguno. Y bien pueden dar gracias los manchegos porque en sus trapicheos y correrías de soñador empedernido no pluguiese a Dios que tropezara el bueno de don Quijote, antes que con aquellos de la Mancha, con ésta más que regular colección de molinos campesinos y marineros de Murcia. ¡Porque si se los llega a tropezar!...

ASENSIO SAEZ